

Introducción a la Teoría del conocimiento

1. ¿Qué es la “teoría del conocimiento” o “gnoseología”?

La Teoría del Conocimiento es una rama de la Filosofía que reflexiona acerca de los problemas relativos al conocimiento en general.

“Puede definirse como un estudio crítico de las condiciones de posibilidad del conocimiento humano en general, que se ocupa de responder a cuestiones como: ¿en qué consiste conocer?, ¿qué queremos decir cuando decimos que sabemos o conocemos algo?, ¿qué podemos conocer?, ¿cómo sabemos que lo que creemos acerca del mundo es verdadero? o bien ¿«cómo es posible un conocimiento digno de crédito»? (Habermas)” [Encyclopaedia Herder de Filosofía]

“Podría decirse que la teoría del conocimiento tiene como tema principal la justificación de la creencia o, más exactamente, la justificación del creer.” (Chisholm, p. 15)

Explica Ferrater Mora (1971) que *“El problema —y los problemas— del conocimiento han sido tratados por casi todos los filósofos, pero la importancia que ha adquirido la teoría del conocimiento como “disciplina filosófica” especial es asunto relativamente reciente”*. Ya los griegos hablaban de “conocimiento” y trataron problemas gnoseológicos, pero siempre terminaban subordinando estos problemas a cuestiones “ontológicas”, es decir, relativas a la realidad. Se preguntaban “¿qué es el conocimiento?”, pero esta pregunta iba unida a la pregunta “¿Qué es la realidad?”. No había un estudio del conocimiento de manera independiente. Esto cambia en la época moderna (aproximadamente entre el siglo XVII y XX), en que el conocimiento se vuelve un problema central para la Filosofía: los filósofos pasan a preocuparse principalmente por el método, la estructura y las condiciones de posibilidad del conocimiento. En la modernidad, entonces, la gnoseología se consolida como subdisciplina filosófica predominante. Con ella, se establece la concepción clásica del conocimiento que, si bien ha sido extensamente discutida y revisada, aún manejamos. Tal concepción es la que comenzaremos examinando en este curso.

Para ello, leeremos en primer lugar un pasaje del libro “Teoría del conocimiento”, de Johannes Hessen, que ha sido por mucho tiempo una referencia clásica para introducirse a los principales problemas de la disciplina, y que ilustra de forma

bastante clara el esquema tradicional de conocimiento entendido como una dicotomía sujeto-objeto que nos interesa examinar y discutir. Luego, comentaremos algunos de los problemas suscitados por esta introducción, presentando algunos conceptos y posturas gnoseológicas fundamentales (idealismo/realismo; empirismo/racionalismo; escepticismo/dogmatismo, entre otros).

2. Hessen: Descripción fenomenológica clásica del conocimiento (Lectura comentada)

“La teoría del conocimiento es, como su nombre indica, una teoría, esto es, **una explicación e interpretación filosófica del conocimiento humano**. Pero antes de filosofar sobre un objeto es menester examinar escrupulosamente este objeto. Una exacta observación y descripción del objeto debe preceder a toda explicación e interpretación. Hace falta, pues, en nuestro caso, observar con rigor y describir con exactitud lo que llamamos conocimiento, este peculiar fenómeno de conciencia. Hagámoslo, tratando de aprehender los rasgos esenciales generales de este fenómeno, mediante la autorreflexión sobre lo que vivimos cuando hablamos del conocimiento. Este método se llama el **fenomenológico**, a diferencia del psicológico. Mientras este último investiga los procesos psíquicos concretos en su curso regular y su conexión con otros procesos, el primero aspira a aprehender la esencia general en el fenómeno concreto. En nuestro caso no describirá un proceso de conocimiento determinado, no tratará de establecer lo que es propio de un conocimiento determinado, sino lo que es esencial a todo conocimiento, en qué consiste su estructura general.

Si empleamos este método, el fenómeno del conocimiento se nos presenta en sus rasgos fundamentales de la siguiente manera:

En el conocimiento se hallan frente a frente la conciencia y el objeto, el sujeto y el objeto. El conocimiento se presenta como una relación entre estos dos miembros, que permanecen en ella eternamente separados el uno del otro. El dualismo de sujeto y objeto pertenece a la esencia del conocimiento.

La relación entre los dos miembros es a la vez una correlación. El sujeto sólo es sujeto para un objeto y el objeto sólo es objeto para

El conocimiento es descrito como necesariamente estructurado de forma dualista.

Pero... ¿es necesariamente así? ¿Existen dos actores claramente diferenciados en el proceso de conocimiento?

un sujeto. Ambos sólo son lo que son en cuanto son para el otro. Pero esta correlación no es reversible. Ser sujeto es algo completamente distinto que ser objeto. **La función del sujeto consiste en aprehender el objeto, la del objeto en ser aprehensible y aprehendido por el sujeto.**

Vista desde el sujeto, esta aprehensión se presenta como una salida del sujeto fuera de su propia esfera, una invasión en la esfera del objeto y una captura de las propiedades de éste. El objeto no es arrastrado, empero, dentro de la esfera del sujeto, sino que permanece trascendente a él. **No en el objeto, sino en el sujeto, cambia algo por obra de la función de conocimiento. En el sujeto surge una cosa que contiene las propiedades del objeto, surge una "imagen" del objeto.**

Visto desde el objeto, el conocimiento se presenta como una transferencia de las propiedades del objeto al sujeto. Al trascender del sujeto a la esfera del objeto corresponde un trascender del objeto a la esfera del sujeto. Ambos son sólo distintos aspectos del mismo acto. Pero en éste tiene el objeto el predominio sobre el sujeto. **El objeto es el determinante, el sujeto el determinado. El conocimiento puede definirse, por ende, como una determinación del sujeto por el objeto. Pero lo determinado no es el sujeto pura y simplemente, sino tan sólo la imagen del objeto en él. Esta imagen es objetiva, en cuanto que lleva en sí los rasgos del objeto.** Siendo distinta del objeto, se halla en cierto modo entre el sujeto y el objeto. Constituye el instrumento mediante el cual la conciencia cognoscente aprehende su objeto.

Puesto que **el conocimiento es una determinación del sujeto por el objeto, queda dicho que el sujeto se conduce receptivamente frente al objeto. Esta receptividad no significa, empero, pasividad.** Por el contrario, puede hablarse de una actividad y espontaneidad del sujeto en el conocimiento. **Ésta no se refiere, sin embargo, al objeto, sino a la imagen del objeto, en que la conciencia puede muy bien tener parte, contribuyendo a engendrarla.** La receptividad frente al objeto y la espontaneidad frente a la imagen del objeto en el sujeto son perfectamente compatibles.

El único que cambia, según esta visión, es el sujeto. El objeto permanece "tal como es", digamos que es de cierto modo y no cambia: quien cambia es el sujeto y las imágenes (o REPRESENTACIONES) que de él se hace.

¿Realmente el objeto "permanece" tal como es? ¿Qué significa "tal como es"? ¿Es posible determinar cómo es un objeto "en sí mismo"?

Concepto importante para la gnoseología: el de objetividad. Aquí se habla de imagen objetiva en tanto imagen que lleva en sí los rasgos del objeto. ¿Qué se requiere para que una imagen sea "objetiva"?

El sujeto es receptivo, pero no pasivo. Es un sujeto activo, pero no porque pueda transformar al objeto, sino porque puede transformar la IMAGEN del objeto que se construye. ¿Acaso la actividad del sujeto no transforma al objeto?

El objeto trasciende al sujeto, es INDEPENDIENTE al sujeto.

Al determinar al sujeto, el objeto se muestra independiente de él, trascendente a él. Todo conocimiento menta un objeto, que es independiente de la conciencia cognoscente.

El carácter de trascendentes es propio, por ende, a todos los objetos del conocimiento. Dividimos los objetos en reales e ideales. Llamamos real a todo lo que nos es dado en la experiencia externa o interna o se infiere de ella. Los objetos ideales se presentan, por el contrario, como irreales, como meramente pensados. Objetos ideales son, por ejemplo, los sujetos de la matemática, los números y las figuras geométricas. Pues bien, lo singular es que **también estos objetos ideales poseen un ser en sí o trascendencia, en sentido epistemológico. Las leyes de los números, las relaciones que existen, por ejemplo, entre los lados y los ángulos de un triángulo, son independientes de nuestro pensamiento subjetivo, en el mismo sentido en que lo son los objetos reales.** A pesar de su irrealidad, le hacen frente como algo en sí determinado y autónomo. Ahora bien, parece existir una contradicción entre la trascendencia del objeto al sujeto y la correlación del sujeto y el objeto, señalada anteriormente. Pero esta contradicción es sólo aparente. Sólo en cuanto que es objeto del conocimiento hállase el objeto necesariamente incluso en la correlación. La correlación del sujeto y el objeto sólo es irrompible dentro del conocimiento; pero no en sí. **El sujeto y el objeto no se agotan en su ser el uno para el otro, sino que tienen además un ser en sí.** Este consiste, para el objeto, en lo que aún hay de desconocido en él.

(...) El concepto de la verdad se relaciona estrechamente con la esencia del conocimiento. Verdadero conocimiento es tan sólo el conocimiento verdadero. **Un "conocimiento falso" no es propiamente conocimiento, sino error e ilusión.** Mas **¿en qué consiste la verdad del conocimiento?** Según lo dicho, debe radicar en la concordancia de la "imagen" con el objeto. **Un conocimiento es verdadero si su contenido concuerda con el objeto mentado.** El concepto de la verdad es, según esto, el concepto de una relación. **Expresa una relación, la relación del contenido del pensamiento, de la "imagen", con el objeto.** Este objeto, en cambio, no puede ser verdadero ni falso; se encuentra en cierto modo más allá de la verdad y la falsedad.

(...) El concepto de la verdad, que hemos obtenido de la consideración fenomenológica del conocimiento, puede

Este "ser en sí" del que habla Hessen refiere a algo muy discutido en la Filosofía: a aquello que existe independientemente del sujeto, más allá de cómo éste lo perciba. El problema es que el "ser en sí" asumimos que existe pero parece ser imposible de conocer, porque en cuanto se intenta conocerlo, ya hay subjetividad involucrada (ya no es "ser en sí" sino "ser para el sujeto"). Kant le llamaba a esto "cosa en sí" o "noúmeno", que para él era incognoscible.

Frente a este problema, hay dos posturas filosóficas. El idealismo considera que, dada esta dificultad, no puede afirmarse la existencia de nada independiente al sujeto. El realismo sostiene que sí existe algo independiente al sujeto.

*Ésta es la definición de **verdad como correspondencia**, la idea clásica de qué es la verdad proveniente de los antiguos griegos. Para Aristóteles, la verdad consiste en decir de lo que es, que es; y de lo que no es, que no es. Es la*

designarse como **concepto trascendente de la verdad**. Tiene por supuesto, en efecto, la trascendencia del objeto. **Es el concepto de la verdad propio de la conciencia ingenua y de la conciencia científica. Pues ambas entienden por verdad la concordancia del contenido del pensamiento con el objeto.**

Pero no basta que un conocimiento sea verdadero; necesitamos poder alcanzar la **certeza** de que es verdadero. Esto suscita la cuestión: **¿en qué podemos conocer si un conocimiento es verdadero? Es la cuestión del criterio de la verdad.** Los datos fenomenológicos no nos dicen nada sobre si existe un criterio semejante. El fenómeno del conocimiento implica sólo su presunta existencia; pero no su existencia real.

(...)

Si profundizamos una vez más en la descripción del fenómeno del conocimiento anteriormente dada, encontraremos sin dificultad que son ante todo **cinco problemas principales** los que implican los datos fenomenológicos.

Hemos visto que el conocimiento significa una relación entre un sujeto y un objeto, que entran, por decirlo así, en contacto mutuo; el sujeto aprehende el objeto. Lo primero que cabe preguntar es, por ende, si esta concepción de la conciencia natural es justa, si tiene lugar realmente este contacto entre el sujeto y el objeto. **¿Puede el sujeto aprehender realmente el objeto? Esta es la cuestión de la posibilidad del conocimiento humano.**

Tropezamos con otro problema cuando consideramos de cerca la estructura del sujeto cognoscente. Es ésta una estructura dualista. El hombre es un ser espiritual y sensible. Consiguientemente, distinguimos un conocimiento espiritual y un conocimiento sensible. La fuente del primero es la razón; la del último, la experiencia. Se pregunta de qué fuente saca principalmente sus contenidos la conciencia cognoscente. **¿Es la razón o la experiencia la fuente y base del conocimiento humano? Ésta es la cuestión del origen del conocimiento.**

Llegamos al verdadero problema central de la teoría del conocimiento cuando fijamos la vista en la relación del sujeto y el objeto. En la descripción fenomenológica, caracterizamos esta relación como una determinación del sujeto por el objeto. Pero también cabe preguntar si esta concepción de la conciencia

Hessen distingue cinco problemas centrales en la Teoría del conocimiento.

1. La posibilidad del conocimiento humano

2. El origen del conocimiento

3. La esencia del conocimiento

natural es la justa. Como veremos más tarde, numerosos e importantes filósofos han definido esta relación justamente en el sentido contrario. Según ellos, la verdadera situación de hecho es justamente inversa: no es el objeto el que determina al sujeto, sino que el sujeto determina al objeto. La conciencia cognoscente no se conduce receptivamente frente a su objeto, sino activa y espontáneamente. **Cabe preguntar, pues, cuál de las dos interpretaciones del fenómeno del conocimiento es la justa. Podemos designar brevemente este problema como la cuestión de la esencia del conocimiento humano.**

Hasta aquí, al hablar del conocimiento hemos pensado exclusivamente en una aprehensión racional del objeto. **Cabe preguntar si además de este conocimiento racional hay un conocimiento de otra especie, un conocimiento que pudiéramos designar como conocimiento intuitivo, en oposición al discursivo racional. Ésta es la cuestión de las formas del conocimiento humano.**

4. Las formas de conocimiento humano

Un último problema entró en nuestro círculo visual al término de la descripción fenomenológica: la cuestión del criterio de la verdad. **Si hay un conocimiento verdadero, ¿en qué podemos conocer esta su verdad? ¿Cuál es el criterio que nos dice, en el caso concreto, si un conocimiento es o no verdadero?"**

5. El criterio de verdad

3. Comentario y aclaración de algunos conceptos fundamentales

Hessen expone un esquema del conocimiento como una dicotomía sujeto-objeto. Ferrater Mora sintetiza que "conocer es lo que tiene lugar cuando un **sujeto** (llamado "cognoscente") **aprehende** un **objeto** (llamado "objeto de conocimiento" y, para abreviar, simplemente "objeto)". Esta aprehensión se realiza mediante la construcción de representaciones mentales, esto es, imágenes o ideas del objeto que el sujeto tiene en su conciencia.

Sin embargo, esta relación entre sujeto y objeto mediada por representaciones no es tan simple como parece; de hecho hay muchas formas de entenderla y surgen múltiples preguntas filosóficas que ameritan investigarse. Veremos a continuación algunas de ellas, y las principales posturas filosóficas vinculadas:

o **¿Existe un “ser en sí” independiente del sujeto?**

Respecto a este problema, existen dos posturas: idealismo y realismo.

- ❖ **Realismo:** Postura que afirma que **existe una realidad exterior al pensamiento.**
- ❖ **Idealismo:** Postura que sostiene que no puede afirmarse la existencia de una realidad exterior al pensamiento; aún suponiendo que existiera una realidad exterior al sujeto, nada nos garantiza que podamos conocerla. El sujeto pensante tiene ideas y estas ideas son los verdaderos objetos o contenidos del pensamiento sin que podamos denominar objetos a las cosas mismas (cuya realidad no podemos en principio establecer con certeza). Por tanto, podemos definir el idealismo como la doctrina que **niega o pone en duda la existencia de una realidad exterior al pensamiento.** Todas las realidades externas (todo el mundo material) serían solamente representaciones (ideas) en la mente del sujeto pensante.

*«El conocimiento, en todas sus formas, es una vivencia psíquica; es conocimiento del sujeto que conoce. Frente a él están los objetos conocidos. Pero **¿cómo puede el conocimiento estar cierto de su adecuación a los objetos conocidos?** ¿Cómo puede trascenderse y alcanzarse fidedignamente los objetos? Se vuelve un enigma el darse de los objetos de conocimiento en el conocimiento, que era cosa consabida para el pensamiento natural. En la percepción, la cosa percibida pasa por estar dada inmediatamente. Ahí, ante mis ojos que la perciben, se alza la cosa; la veo; la palpo. Pero **la percepción es meramente vivencia de mi sujeto, del sujeto que percibe.** Igualmente son vivencias subjetivas el recuerdo y la expectativa y todos los actos intelectuales edificados sobre ellos gracias a los cuales llegamos a la tesis mediata de la existencia de seres reales y al establecimiento de las verdades de toda índole sobre el ser. **¿De dónde sé, o de dónde puedo saber a ciencia cierta yo, el que conoce, que no sólo existen mis vivencias, estos actos cognoscitivos, sino que también existe lo que ellas conocen, o que en general existe algo que hay que poner frente al conocimiento como objeto suyo?**»*

Husserl, Edmund. *La idea de la fenomenología*. Madrid: FCE, 1985, p. 29

o **¿Cuál es el criterio para determinar que un enunciado es verdadero?**

Algo que todos aceptamos es que el objetivo del conocimiento es obtener resultados verdaderos. Sin embargo, no hay acuerdo acerca de qué se entiende por verdadero; de hecho, a lo largo de la historia de la filosofía se han establecido distintas teorías de la verdad. Adela Cortina las resume de la siguiente forma (Cortina, A. “Filosofía”. Bs. As: Ed. Santillana, 1996, pp. 133-134):



- ❖ **Verdad como correspondencia o adecuación:** Esta teoría sostiene la concepción básica de la verdad, que no es eliminada en las otras teorías. La formulación clásica la proporcionó Aristóteles: «Decir de lo que es que no es, o de lo que no es que es, eso es falso; decir de lo que es que es y de lo que no es que no es, es verdadero» (Metafísica, IV, 7). En esta fórmula están contenidos los elementos que intervienen en el acto de conocer: lo que es (el objeto) y el decir (el sujeto y su representación del objeto). Hay verdad cuando hay un «ajuste» entre ambos, y éste es el concepto que espontáneamente formamos de la verdad: la concordancia entre lo que se dice de algo y lo que ese algo es. La relación entre los elementos que permiten el acceso a la verdad se interpreta como correspondencia o adecuación entre lo conocido por el sujeto y el objeto. (...) Así pues, un enunciado es verdadero cuando existe un hecho en la realidad con el que se corresponde. Pero esta concepción se torna problemática en cuanto preguntamos en qué consiste «el ajuste o correspondencia» entre el decir y la realidad, cómo puede saberse lo que algo es con independencia de nuestro decir, qué papel desempeña el decir en la determinación de lo verdadero y cuál corresponde a los objetos, cómo es posible salir de nosotros y de nuestro lenguaje para comprobar desde una posición objetiva la conexión entre el pensamiento y la realidad.

- ❖ **Verdad como coherencia:** Esta teoría fue formulada por Hegel (1770-1831) por primera vez y más tarde se ha expuesto en diferentes versiones. Todas coinciden en utilizar como criterio de verdad la coherencia de la proposición, cuya verdad **depende de su posible o imposible incorporación en el conjunto de proposiciones que tenemos ya por verdaderas**. En realidad, interpretamos cualquier dato nuevo desde un sistema y sólo lo tenemos por verdadero si podemos integrarlo en él. Se trata, por tanto, de un criterio contextual, en virtud del cual nada es verdadero o falso aisladamente, sino que cada dato está esencialmente referido y conectado con el resto del sistema del saber en que se integra.

- ❖ **Teoría pragmatista de la verdad:** El pragmatismo acepta la teoría de la adecuación, pero la interpreta de tal modo que acaba distanciándose de ella. Porque el pragmatismo introduce en su teoría de la verdad la dimensión práctica, la consideración de la utilidad de los enunciados para resolver los problemas vitales, cosa que no hace la teoría clásica de la adecuación.

Veremos esta posición centrándonos en uno de sus más destacados representantes: William James (1842-1910). James entiende «adecuación» en el mismo sentido en que decimos «esta moto es adecuada para hacer moto-cross», es decir, en el sentido de que sirve para un determinado fin, o que funciona de modo conveniente en un cierto contexto, o que es útil para un propósito. La adecuación es, por tanto, más bien adaptación: un enunciado es verdadero si funciona como un instrumento útil y eficaz para resolver problemas o satisfacer necesidades. Ahora bien, como la verdad está referida a la práctica, es siempre provisional porque lo que funciona o es útil (verdadero) en un momento determinado deja de serlo en otro. Con lo cual se trata de una **concepción dinámica de la verdad**, porque ésta no constituye una propiedad adquirida de una vez por todas, sino que es consecuencia de un proceso: una idea se “verifica”, esto es, se hace verdadera, si la acción va mostrando su utilidad o su eficacia. Así, afirma James: «Se puede decir de ella que es útil porque es verdadera, o que es verdadera porque es útil. Ambas frases significan exactamente lo mismo». Utilidad significa, por un lado, operatividad en la resolución de problemas; en este sentido, verdad se aproxima a «éxito en la acción». Por otro lado, significa consecuencias beneficiosas, de suerte que «la retribución que aportan las ideas verdaderas es la única razón para seguirlas. En este sentido, verdad se acerca a gratificación. «La verdad en la ciencia es lo que nos da la máxima suma posible de satisfacciones, incluso de agrado, pero la congruencia con la verdad previa y con el hecho nuevo es siempre el requisito más imperioso» (William James, Pragmatismo).

- ❖ **Teoría consensual:** Esta teoría, defendida por Peirce, Apel y Habermas entre otros, destaca la necesidad del **diálogo** como marco para **ir descubriendo cooperativamente la verdad de las proposiciones**. En realidad, cuando decimos que tenemos algo por verdadero estamos dando a entender que creemos tener razones suficientes como para convencer a otros interlocutores de la verdad de la proposición, siempre que podamos dialogar libremente sobre ello, sin presiones externas a la búsqueda misma de la verdad. Por eso, las personas que tienen afán de verdad están dispuestas a dialogar con otras, sin coacciones, sin trampas, para comprobar si pueden llegar a suscitar la adhesión de los demás interlocutores, si pueden generar un consenso en torno a lo que tienen por verdadero. Los argumentos que se aducen en ese diálogo pueden proceder de distintas formas de comprobar la verdad: correspondencia, coherencia, utilidad, pero **lo que se trata de descubrir en él es si son capaces de generar el consenso de la comunidad de interlocutores**, de tal forma que tengan el enunciado en cuestión por

verdadero. Así funcionan, a fin de cuentas, las **comunidades científicas**, cuando buscan cooperativamente la verdad. Ahora bien, **el consenso no es un criterio de verdad, porque los interlocutores pueden equivocarse o carecer de información relevante. Por eso las verdades científicas son siempre revisables.** Pero los seres humanos no tenemos otra forma de acceder a la verdad que no sea aduciendo razones, escuchando las de otros y viendo si pueden generar un consenso.

o **¿Cuál es la principal fuente de conocimiento?**

Frente a esta pregunta, existen dos posturas clásicas antagónicas: **empirismo y racionalismo.**

De acuerdo a las definiciones de la *Encyclopaedia Herder de Filosofía* (https://encyclopaedia.herdereditorial.com/wiki/P%C3%A1gina_principal), estas corrientes pueden definirse de la siguiente forma:

❖ **Racionalismo:** Es una actitud filosófica de confianza en la razón, las ideas o el pensamiento, que exalta su importancia y los independiza de su vínculo con la experiencia. En otras palabras, **el racionalismo sostiene que la principal fuente de conocimiento es la razón, y no la experiencia.** (...) El racionalismo moderno, revolucionario para su época, y cuyos principales representantes son Descartes, su iniciador, Spinoza y Leibniz, representa no obstante una visión general del mundo y del conocimiento armoniosa, ordenada, racional, geométrica y estable, basada en el pensamiento metódico, la claridad de ideas (principio de evidencia) y la creencia en la estabilidad de las ideas (la doctrina sobre la sustancia). (...) **Las principales doctrinas racionalistas son la afirmación de:**

1) la existencia de ideas innatas, punto de partida (en el sentido lógico) del conocimiento (Leibniz admitía también principios del entendimiento innatos),
y

2) la relación directa -prácticamente coincidencia- entre pensamiento y realidad, que Spinoza expresó gráficamente con la frase «El orden y conexión de las ideas es el mismo que el orden y la conexión de las cosas. Junto a esto, se sostiene que

3) el conocimiento es de tipo deductivo, como el que se da en las matemáticas, y se atribuye

4) un carácter fundamental a la sustancia.

La forma característica de argumentación racionalista excluye el recurso a la experiencia y al conocimiento que proviene de los sentidos, y se remite exclusivamente a la razón, a la claridad y distinción de ideas y a la suposición de que el buen pensar coincide forzosamente con la realidad: conocer es conocer por la razón.

❖ **Empirismo:** Doctrina filosófica que **sostiene que las ideas y el conocimiento en general provienen de la experiencia**, tanto en sentido psicológico (o temporal: el conocimiento nace con la experiencia) como en sentido epistemológico (o lógico: el conocimiento se justifica por la experiencia). (...) Quienes dan forma sistemática al empirismo son... Locke (1632-1704), Berkeley (1685-1753) y Hume (1711-1776). A ellos se debe la versión clásica del empirismo, cuyos puntos fundamentales son:

1) la afirmación de que no existen ideas innatas y

2) que el conocimiento procede de la sensación, o experiencia interna o externa; de este modo afirma tanto la prioridad temporal del conocimiento sensible (el conocimiento empieza con la experiencia) como su prioridad epistemológica o lógica (el conocimiento requiere de la experiencia como justificación).

o **¿Es posible el conocimiento?**

Las representaciones son productos subjetivos, es decir, son construcciones del sujeto. Por lo tanto, están condicionadas por una serie de factores:

Cultura

Lenguaje

Contexto histórico

Situación geográfico-temporal

Ideología

Aspectos biológicos

Desde el momento que somos sujetos, somos sujetos históricos, sociales, culturales, biológicos. Nuestra forma de ver el mundo está influenciada por todos esos elementos. Sin embargo, cuando conocemos, pretendemos obtener información acerca del objeto que estamos conociendo. El problema es que si conocemos el objeto a través del filtro, de la mediación de una serie de condicionamientos subjetivos, ¿entonces cómo sé si lo que me estoy representando responde a características del objeto, o éste se me presenta distorsionado por mi propia subjetividad?

Frente al hecho de que cada uno de nosotros somos sujetos históricos situados, y condicionados por múltiples dimensiones bio-socio-culturales; y frente a la aparente imposibilidad de tener contacto directo con una realidad “en crudo” independiente de tales condicionamientos, surge el problema filosófico consignado en el título de esta sección.

En relación a este problema, existen distintas posturas filosóficas

- ❖ **Dogmatismo:** postura que confía en la posibilidad del conocimiento. Parte de la base de una certeza que no cuestiona y asume que sí podemos conocer. El sujeto sí puede aprehender al objeto.
- ❖ **Escepticismo:** postura que desconfía y duda acerca de nuestra posibilidad de conocer, o bien directamente nos dice que es imposible que podamos conocer nada. Ya que todo lo que pretendemos conocer está mediado por lo subjetivo, entonces nada podemos afirmar del objeto: el sujeto no puede verdaderamente aprehender el objeto, por tanto el conocimiento es imposible.
- ❖ **Relativismo:** postura que sostiene que no existen verdades universalmente válidas e independientes de la apreciación de los sujetos: es decir, no es posible obtener un conocimiento objetivo, si por “conocimiento objetivo” entendemos a aquel conocimiento “neutral” del objeto, desprovisto de toda subjetividad. Por el contrario, el conocimiento depende de diversos condicionamientos, que pueden ser el individuo, la sociedad o la cultura, ya sea en el aspecto psicológico, sociológico o histórico: es decir, depende de cierta subjetividad.

Un tipo de relativismo es el **subjetivismo**, que establece una dependencia directa entre el conocimiento la consideración del sujeto. Pero además del subjetivismo, hay otros relativismos, como el relativismo cultural o

relativismo histórico, que hacen depender el conocimiento o el valor de factores externos al sujeto.

- ❖ **Criticismo:** postura inaugurada por Immanuel Kant que intenta representar una posición intermedia entre el dogmatismo y el escepticismo. Afirma que “es posible obtener conocimientos verdaderos, pero siempre que o bien previamente tratemos de discernir hasta dónde pueden llegar nuestras facultades de conocer al pretender que han alcanzado esos conocimientos, o bien intentemos contrastar críticamente nuestros conocimientos con la realidad” (Cortina, Adela. “Filosofía”. Bs. As: Ed. Santillana, 1996, p. 129)

4. **Bibliografía**

Hessen, J. *Teoría del conocimiento*. México: ILCA, pp. 13-17

Cortina, A. (1996). *Filosofía*. Bs. As: Ed. Santillana.

Chisholm, R. (1982). *Teoría del conocimiento*. Madrid: Tecnos.

Ferrater Mora, J. (1971). *Diccionario de Filosofía*. Bs. As: Editorial Sudamericana.

5. **Actividad práctica: artículo para problematizar**

https://elpais.com/elpais/2017/03/24/ciencia/1490376549_895754.html

BIG DATA

Números contra la posverdad

Las matemáticas son el lenguaje de la ciencia y, en teoría, representan un antídoto ante los “hechos alternativos”. Sin embargo, muchas veces las certezas tienen más que ver con la fe que con la realidad

JAVIER SAMPEDRO

27 MAR 2017 - 12:27 CEST

La misma eficacia de las palabras para expresar la verdad las convierte en un medio óptimo para la propagación de la mentira. La evidencia más aguda de esta tecnología dual se

formuló hace dos milenios y medio por el poeta y filósofo Epiménides, al afirmar, siendo cretense como era, que “todos los cretenses mienten”. Menos conocido, sin embargo, es el teorema que formuló —o más bien descubrió— el mejor matemático lógico del siglo XX, el austriaco Kurt Gödel, lo más parecido a un amigo que tuvo Einstein en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, y un genio que suele compararse con Aristóteles y Frege por su impacto en el pensamiento científico y filosófico.

A principios del siglo XX, grandes pensadores matemáticos como Bertrand Russell, Alfred North Whitehead y David Hilbert luchaban para edificar los fundamentos de las matemáticas para construir una máquina virtual que se alimentara de unos pocos axiomas obvios, y de unas operaciones lógicas que no pudiera rebatir ni un poeta cretense, para generar teoremas —las verdades necesarias del ramo— de manera automática. En 1931, Gödel les mostró la futilidad de su empeño.

Partiendo de los mismos axiomas y operaciones con que Russell y los demás querían edificar esa estructura de pensamiento maravillosa, Gödel demostró un teorema que afirmaba: “Esto no es un teorema”. Formuló una verdad matemática que no es una verdad matemática. Se convirtió en el Epiménides de los números, en la némesis de la razón algebraica.

Pero ni Epiménides en la antigüedad ni Gödel ahora han logrado disipar el genio de las matemáticas, ni aplacar su inmenso poder como herramienta de descubrimiento en el mundo físico. De hecho, todos los físicos teóricos desde Einstein las consideran su muleta y su grúa, su fuente de inspiración y su guía más fiable hacia el diseño experimental y la confirmación empírica. Los físicos Eugene Wigner y Mario Livio han hablado con elocuencia de “la irrazonable eficacia de las matemáticas” para comprender el mundo. Fue Galileo quien descubrió, y enfatizó, que la naturaleza habla en el lenguaje de las matemáticas, y cuatro siglos de ciencia le han dado la razón (y hasta le han procurado el perdón de Roma).

Entonces, ¿nos salvarán los números de la posverdad? Pues claro que sí. Las matemáticas son verdad en el sentido más exigente que le podamos dar a

esa palabra incómoda, y por tanto son lo menos posverdad que cabe concebir. No se trata de reducir a ecuaciones toda nuestra vida política, económica y social —ojalá supiéramos hacerlo—, pero sí al menos de guiarnos por el espíritu de Galileo, por la racionalidad, por el pensamiento científico, por la dictadura implacable que el mundo ejerce sobre nuestra imaginación desatada.

Regresemos al planeta Tierra, y en concreto al Mediterráneo. Pitágoras y sus discípulos son conocidos por su “armonía de las esferas”, una teología según la cual el mundo funciona por completo mediante números naturales (1, 2, 3...) y fracciones entre ellos (1/2, 1/3, 2/3...). Esta idea se basaba en los espectaculares descubrimientos de Pitágoras, con precedentes mesopotámicos, sobre la naturaleza numérica de la música, donde las combinaciones de notas armoniosas guardan relaciones simples de frecuencia, como esas fracciones entre los números naturales más sencillos que requería la religión pitagórica.

Pero, ay, durante una de las travesías por el Mediterráneo que gustaban de hacer los pitagóricos, tal vez para predicar su doctrina de los números naturales, uno de los discípulos de la secta, Hipaso de Metaponto, demostró que un cuadrado de lado 1 tiene una diagonal (raíz de 2) que no se puede expresar como ninguna fracción de dos números naturales, lo que entraba en flagrante contradicción con las creencias de su jefe. Una leyenda, seguramente exagerada, asegura que le tiraron por la borda. También los números tienen su posverdad.

Pero lo que había hecho el pobre Hipaso, en realidad, era descubrir un nuevo tipo de números aún más generales y abarcadores que los naturales: los números irracionales, llamados así precisamente porque no se pueden expresar como una razón (fracción) de dos números naturales. Y este fue solo el primer atisbo de una colección cada vez más interesante y útil de nuevas clases de números: irracionales, algebraicos, trascendentes (como pi y e), reales, complejos, surreales y lo que haya de venir. Las matemáticas son mucho más inteligentes que Pitágoras, y la culpa del accidente marítimo de Hipaso no es de los números, sino de la fe. Esa sí que es irracional.

La leyenda de Hipaso nos revela el verdadero problema para que los números nos salven de la posverdad: que a menudo no queremos salvarnos de ella. No es que los números sean tan manipulables como las palabras —si los usas bien te conducen por un camino seguro—, sino que siempre tendremos la opción de no usarlos, de ignorarlos, de sustituirlos por los “hechos alternativos” de la nueva fe emanada del Ala Oeste. Y la fe no atiende a argumentos, por definición de fe.

Por ejemplo, ¿no demuestran los números que el tabaco es malo para la salud? Desde luego que sí, pero sin embargo seguimos fumando. ¿No demuestran que nuestras emisiones de gases de efecto invernadero agravan el cambio climático? Pues sí, pero cuando a los gobernantes y a sus primos les da por negarlo, es que no hay forma de sacar las medidas paliativas adelante. ¿No demuestran que la evolución de las especies es un hecho? Pues naturalmente que lo hacen, pero ahí tenemos a las religiones norteamericanas intentando que la evolución se excluya de la escuela pública, o al menos se enseñe en pie de igualdad con el creacionismo, tal vez el primer “hecho alternativo” de la historia de la humanidad.

Entonces, ¿nos podrán salvar los números de la posverdad? Desde luego, pero que lo hagan dependerá de que logremos ilustrar a la gente. De que convenzamos al mundo de que debe entender la matemática y la ciencia. De que enseñemos a los maestros a enseñar a los alumnos a pensar de forma racional, inteligente y creativa. De que construyamos una sociedad abierta que adopte la razón como guía. De lo contrario, acabaremos tirando por la borda a Hipaso de Metaponto y nos seguiremos cociendo en las ocurrencias de los chamanes. Como queríamos demostrar.